

## 0/K LOS VIRREINATOS EN EL SIGLO XVIII <sup>12</sup>

Escribe: CARLOS LLERAS DE LA FUENTE

Dentro de la Historia de América y de los pueblos americanos dirigida por Antonio Ballesteros, que en lujosa edición nos ofrece la Editorial Salvat, ocupa lugar principalísimo el volumen dedicado a los virreinos en el siglo XVIII no solo por la autoridad de que está investido su autor, el eminente profesor Cayetano Alcázar Molina, sino por la importancia de la época que cubre.

En nuestro país se inicia esta nueva forma de gobierno en 1717 con don Antonio de la Pedrosa, para desaparecer cinco años más tarde e instaurarse en forma definitiva en 1740 con el Mariscal de Campo don Sebastián de Eslava. Epoca de brillo sin igual para las colonias, de fabulosas leyendas, de piratas ingleses y ocultos tesoros, de nobles caballeros que, cuidadosamente escogidos en la Corte, gobernaron dando lugar a los más diversos juicios y opiniones: Pizarro, Solís, Flores, el Arzobispo, Amar, Sámano, nombres todos que llenan setenta años de nuestra historia.

Personajes afortunados, no tuvieron que afrontar la ruda conquista ni la iniciación de la colonia que constituyen tristes aspectos de la actividad española en América. Cuando ejercieron sus funciones, el sometimiento de la raza autóctona del nuevo mundo era casi total; la codicia ya no empañaba el vivir cotidiano de los iberos y el continente había asimilado a sus pobladores inculcándoles el sentimiento de patria de que siglos atrás habló Gonzalo de Oyón. América era una realidad y era una patria. Mas pronto otros problemas surgidos de la nueva situación conmovieron estos territorios: los albores de la independencia con sus continuas revueltas, con su despertar del deseo de libertad, crearon circunstancias contra las cuales debieron luchar los gobernantes.

El Virreinato de México fue, sin lugar a dudas, uno de los primeros de América por su extensión, sus riquezas y su tradición. El cambio de dinastías que se produce en 1700 con la muerte de Carlos II, el último de los Austrias, sorprende a México regido por Sarmiento Valladares, conde de Montecuhzoma y Tula, reemplazado al poco tiempo por el Arzobispo Ortega Montañes quien tuvo que soportar las consecuencias de la lucha por la supremacía de la casa de Borbón: las escuadras francesas de Luis XIV en el Golfo, las continuas amenazas de ingleses y holandeses, la actividad constante del Archiduque de Austria, el ataque del duque

de Armond y del almirante Rook. Pronto el interino virrey fue reemplazado por el duque de Albuquerque que llevó consigo un noble apellido y el lujo, fausto y riqueza que lo acompañaban y de los cuales disfrutó la Corte en medio de nuevos ataques y vicisitudes. Terminado su gobierno en 1711, ocupa el codiciado puesto otro noble personaje, el duque de Linares y Valdefuentes, severo reformador de la administración en cuyo tiempo tuvo lugar el terremoto de 1711 y la peste y el hambre de 1714. Grandes nombres siguen desfilando ante nosotros: el marqués de Valero, el de Casa Fuerte (limeño notable y por lo tanto criollo), el arzobispo Vizarrón y Eguiarreta, el Duque de la Conquista, el marqués de Gracia Real, el Conde Fuenclara y tantos otros enviados más tarde bajo Carlos III como el marqués de Cruillas quien sofocó la rebelión de los indios seris y pimas que ensangrentó el territorio por largos años y el de Croix a quien tocó en suerte ejecutar la orden de expulsión de los jesuitas que tantos trastornos causó a la obra de colonización. Nobles, varios arzobispos, grandes dignatarios que gobernaron dignamente en su mayoría y cuyos nombres están ligados a luchas y tragedias, a grandes empresas de colonización y progreso, a inmoralidades y malas administraciones como la del último virrey, José de Iturrigaray, símbolo de la decadencia de la metrópoli y del gobierno de Godoy.

Son de gran trascendencia, el estudio que esta obra nos presenta sobre la expansión española en tierras de California por la importancia que estos antecedentes adquieren más tarde cuando es cercenado el territorio mexicano por los Estados Unidos (1848), y la historia de la Luisiana en el siglo XVIII, puesto que en esta última se reflejan, más que en cualquier otro punto del continente, los incidentes de la agitada vida europea.

Su nombre figura en los grandes tratados de la época y constituye continua preocupación para Francia y España. Comienza el siglo bajo la dominación de la segunda de estas potencias y por lo tanto en constante peligro de invasión por parte de los ingleses. Es cedida en calidad de monopolio comercial hacia 1712 a Crozat y es objeto, más tarde, de la especulación de grandes compañías como la de Occidente y la de Indias vinculadas a Law y a sus audaces maniobras financieras. Nunca parte alguna de estos territorios se pobló en forma tan heterogénea y desfavorable. Mucho se ha hablado de la turba de aventureros y bandidos que vinieron a las colonias españolas: errónea afirmación pues en la realidad los habitantes de cualquiera de ellas reflejaban fielmente todas las capas sociales de la Península. Si de algún sitio puede hacerse en justicia crítica tal, es de Luisiana donde fueron enviados "los tipos más degenerados que poblaban las cárceles francesas". Con posterioridad a la crisis de Law y hacia 1731, la colonia volvió a manos de la Corona por petición de la Compañía de Indias que no pudo menos de reconocer el tremendo fracaso de la colonización por causa, entre otras cosas, de los continuos levantamientos de las tribus de la región sublevadas por los ingleses.

Al celebrarse el tratado de 1763 con Inglaterra pasa a poder de España como compensación por la pérdida de Florida y posiblemente con gran beneplácito de Francia que nunca había tenido posesión tan costosa. Es curioso anotar que el primer gobernador en esta etapa fue Antonio de Ulloa, el gran científico, ameno escritor y agudo observador de la vida

americana a quien debemos "las Noticias Secretas de América" y quien fue derrocado en 1768 por una insurrección sofocada por Alejandro O'Reilly, otra interesantísima personalidad de la época.

Mas no cesa aquí la agitación: el segundo tratado de San Ildefonso devuelve la Luisiana a Francia hasta cuando Napoleón la enajena a los Estados Unidos en 1803 por la ridícula suma de quince millones de dólares, hecho este calificado por Thiers como uno de los acontecimientos cumbres de la historia al asegurarse la dominación norteamericana en el Golfo de México.

No resulta menos apasionante la vida de Cuba, América Central y las Antillas, descrita con el mismo criterio y exactitud y la de Nueva Granada. Es al llegar a esta última cuando podemos realmente juzgar, por sernos más conocida, las cualidades de esta obra: los antecedentes históricos del Virreinato, todas las administraciones de la época, los hechos más connotados de su vida, todo ello descrito con precisión e imparcialidad.

Venezuela, Guayana, Ecuador y Guayaquil, son asimismo analizados hasta llegar al virreinato del Perú, otro de los ricos e importantes dominios españoles. Accidentada es su historia en el siglo que nos ocupa y que se inicia con el gobierno de Melchor Portocarrero y Lasso de la Vega, conde de la Monclava, de quien se recuerda el curioso detalle de haber prohibido en 1701 la asistencia a la universidad de mestizos, mulatos, zambos y cuarterones "en contradicción con el espíritu de igualdad que presidía toda la legislación de España en América" como afirma el profesor Alcázar Molina quien, sin faltar totalmente a la verdad, nos la oculta en buena parte. Una cosa fue la legislación, que jamás se cumplió en su totalidad, y otra la práctica; bástenos recordar el "se obedece pero no se cumple", frase gastada por el uso indebido pero que refleja una realidad que omite recordar, muy justificadamente, el hispano escritor de esta obra.

Como en México, brillante es la nómina de gobernantes y múltiples los problemas que tuvieron que afrontar: piratas ingleses, saqueos, revueltas y terremotos. Como antecedente de importancia se recuerda el levantamiento de Juan Santos en 1742 cuando el indio peruano, presunto descendiente de los incas, se proclamó rey de los Andes llamándose a sí mismo Apu-Inca Atahuañpa y con ese carácter cometió toda clase de tropelías que, como afirma acertadamente el autor de Las Tradiciones Peruanas, significaron la lucha de la barbarie contra la civilización.

El terremoto de 1746 es otro de los grandes sucesos del siglo: 12.000 casas particulares, la Universidad, la Casa de la Moneda y la del Cabildo, las prisiones, ochenta iglesias y 40 conventos, he ahí su saldo trágico en la ciudad de Lima, amén de las inundaciones del Callao que causaron más de 4.000 muertos y otros desastres en diferentes partes del país.

Nuevas revueltas, continuación de la de 1739 y de la Apu-Inca amenazaron la estabilidad de la Colonia: las de 1750, 1776, 1780 y la heroica y famosa de Tupac-Amarú. Fue bajo el gobierno de Agustín de Jaúregui, el 4 de noviembre de 1780, cuando el cacique de Tungasuca, José Gabriel de Condorcaqui, descendiente del Inca Felipe Tupac-Amarú, se alzó en armas; fue el grito de la raza indígena, el producto del amor de un jefe

por su pueblo y por su independencia. Sus victorias iniciales provocaron la abolición de los repartimientos, una de las más criticadas instituciones coloniales. Sin embargo, efímero fue el triunfo: derrotado en 1781 y traicionado por sus propios compañeros, como Galán, fue entregado a los españoles quienes hicieron gala de la misma crueldad que habían usado con Aguirre y Oyón: el bravo guerrero fue descuartizado por cuatro caballos el 18 de mayo de 1781. Su hermano Cristóbal continuó la lucha por breve tiempo cuando se acogió al indulto general del virrey quien obró como Flores y el Arzobispo con los comuneros: atado de pies y manos, arrastrado a la cola de una bestia y después de cortársele la lengua, fue atenaceado y su cadáver partido en trozos que se colocaron en los caminos públicos.

Mas el espíritu de la revolución crece siempre después de las sangrientas represiones que crean mártires y religiones, místicas nuevas y férreas vountades. Felipe Velasco, Tupac Inca Yupanqui, inicia nuevo levantamiento en 1783, sin ningún éxito. Sirvenos el ejemplo del Perú para comprobar hasta donde la raza india había sido sometida por la española; solo más tarde, cuando los descendientes de españoles nacidos en América resuelven luchar contra la dominación, es cuando se obtiene el triunfo protocolizando la impotencia de una raza heroica pero cruelmente subyugada por siglos.

Ya para concluir este comentario debemos citar, aunque sea brevemente, los capítulos sobre la Capitanía General de Chile, el Virreinato del Río de la Plata y las Islas Filipinas que completan, junto con una copiosa bibliografía, esta historia de los Virreinos en el siglo XVIII y que nos dan un marco general de gran importancia para comprender la lenta evolución de las colonias desde su establecimiento hasta el logro completo y total de la independencia.